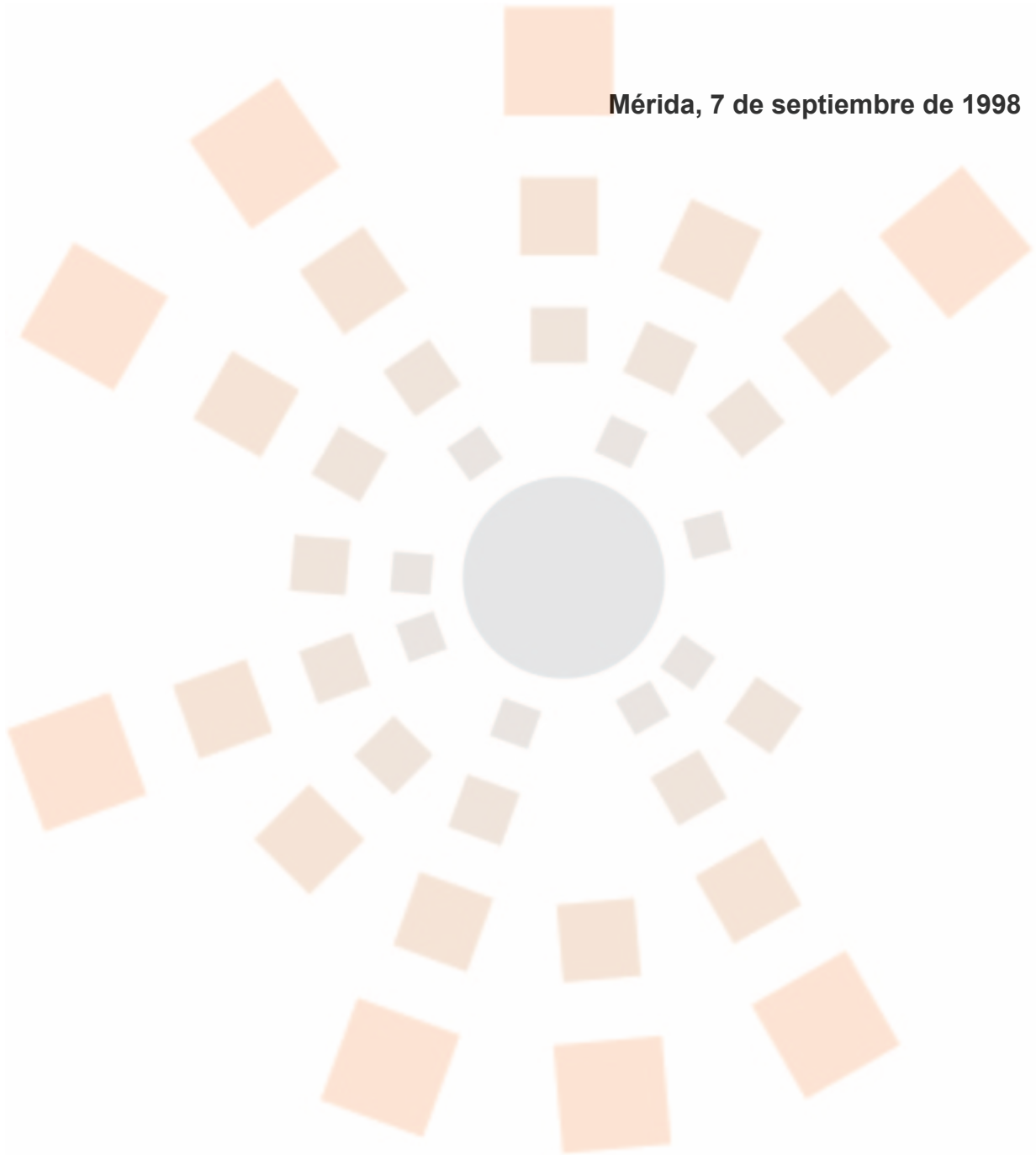


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE
CON MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”**

Mérida, 7 de septiembre de 1998



DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”

Mérida, 7 de septiembre de 1998

Excmos. e Ilmos. Sres ., Sras., y Sres.:

A lo largo de los años, esta celebración del Día de Extremadura ha sido tribuna frecuente de reflexiones sobre el lento pero firme caminar de los extremeños hacia la adquisición de una autoconciencia de su propia realidad como Región, y sobre la creciente estima de lo nuestro.

En esta ocasión, se cumplen quince años de la aprobación del Estatuto de Autonomía para Extremadura.

Si miramos hacia atrás, en Extremadura teníamos que consolidar una región nueva; y hablo de región nueva porque no deseo entrar en polémicas sobre regiones históricas o no históricas: Me parece que esta discusión, a estas alturas, no tiene ningún sentido.

Extremadura es, políticamente, una región nueva y no hemos hecho ningún esfuerzo por intentar reinventar nuestro pasado. Nuestra autonomía no la hemos utilizado para inventarnos una historia autonómica. Nuestra historia es sencillamente la que es.

Cuando el 26 de febrero de 1983 se publicó el Estatuto de Autonomía en Extremadura, no hubo manifestaciones de júbilo; incluso me atrevo a decir que la fecha pasó casi inadvertida. No podía ser de otra manera, porque cuando se aprobó nuestro Estatuto no se cerró ningún proceso histórico. Por el contrario, ese día empezó una nueva época; una nueva etapa; una nueva historia; un nuevo modo de entenderse dos provincias; un nuevo modo de hacer política; un modo de organizar la sociedad en nuestra región.

Éramos un territorio y somos una región nueva, pero necesitábamos la Autonomía, necesitábamos el autogobierno. Unos negaban esta realidad; otros decían que la Autonomía no era necesaria para Extremadura. Quizás algunos despreciaban la Autonomía en nuestra región por un prepotente modo de hacer las cosas en política que, en esta hora, no se entiende.

Por razones económicas, necesitábamos el autogobierno para salir de una situación a la que nos había conducido una forma de hacer política que, directamente, nos abrió la herida de la emigración. Necesitábamos una estructura política nueva; necesitábamos un gobierno que defendiese nuestros

intereses, que rompiera una trayectoria de injusticia y de olvido. Necesitábamos políticos que conocieran nuestros problemas.

Era novedoso, incluso, el nombre que iban a adoptar las Instituciones autonómicas. Y, desde luego, era difícil consolidar nuestra región. Algunos decían que era imposible. No quise confundir lo difícil con lo imposible, y el tiempo ha demostrado que teníamos razón, quienes así pensábamos.

Como casi todos los extremeños, yo también tuve mi aprendizaje de autonomista. Nos hemos hecho autonomistas, no por causa de la memoria histórica, sino por el ejercicio del derecho a la autonomía: ya que no nos legitimaban los orígenes, nos iban a legitimar los hechos. A nuestro modo de ser españoles añadimos esa vertiente peculiar de ser extremeños: una condición que nos enriquecía; que no enarbolábamos contra nadie y, sobre todo, nos permitía intervenir, decisivamente, en la satisfacción de nuestras necesidades, y en la construcción de nuestro futuro y del de nuestros hijos.

No es necesario imaginar la trayectoria vital de otros para terminar reconociéndose como extremeños. Me basta con mirarme a mí mismo para contemplar que, lo que empezó siendo un compromiso político, ha acabado convertido en una vocación y en una inmensa pasión.

Lo que comenzó siendo una solución política, por la fuerza de las cosas, acabó convirtiéndose en una realidad cada día más llena de potencialidades. La transferencia de competencias, y el ejercicio del poder político en la distancia corta, cara a cara con el ciudadano, sin una lejana capital donde esconderse, ni un desconocido subsecretario o ministro al que endosar las responsabilidades, hicieron que los ciudadanos, sus demandas y sus necesidades, fuesen los verdaderos protagonistas del gobierno diario.

Pertenezco a esa generación de gentes que éramos sólo pacenses o cacereños, emeritenses o placentinos, hurdanos o veratos. Que tuvimos que aprender a ser, además, extremeños al paso con que Extremadura dejaba de ser dos. Nuestros hijos serán, son ya extremeños, sin necesidad de justificarse, casi como respiran el aire o la libertad. Ésa será la mejor prueba de que nuestro esfuerzo colectivo ha merecido la pena.

En 1983, se inició un reto que, lógicamente, está por concluir. Se ha luchado contra las desigualdades. Se han acortado distancias. Se ha estado pendiente de escuchar las voces de quienes, por no saber, ni podían protestar ni sabían exigir. Se han conquistado parcelas de tolerancia, y han emergido carencias que estaban ocultas.

No es oportuno hacer balance. Al contrario; estamos aquí para atestiguar que no hemos hecho más que empezar y queda un largo camino por recorrer.

Uno de esos caminos debe conducirnos a la ansiada meta de eliminar, destrozando, romper los tópicos que, sobre nosotros, se ha ido tejiendo a lo largo de nuestra historia, algunos de los cuales aún golpean, con injusticia, en nuestra sensibilidad y en nuestra dignidad como ciudadanos y como pueblo.

Somos extremeños porque hemos decidido serlo en estos años anteriores, y no por cualquier imposición de nuestro pasado traído por los pelos. Y eso no resta ni un ápice de legitimidad a nuestro proyecto como pueblo. Somos nuestro propio invento, y no cualquier tipo de forzada asociación impuesta por nuestros antepasados o por los libros de historia.

Sucede que a veces nos cuesta asumir esa responsabilidad común, porque muchos de nosotros hemos sido educados bajo el peso de un alud de tópicos repetidos secularmente. En Extremadura y sobre Extremadura se ha hecho poca sociología y sí, mucha antropología, etnología o mucho folklore. Las aproximaciones a nuestra vida, a nuestros gustos, a nuestros defectos, han estado muy condicionadas por clichés literarios, por lugares comunes que se vienen repitiendo, desde hace siglos, por lentes deformantes, engarzadas en apreciaciones personales, y sin aval científico alguno. Incluso, entre nosotros, ha valido más para retratarnos, para definirnos la repetición de algunos versos de hace tres siglos que las encuestas de opinión:

*“Espíritu desunido
anima a los extremeños;
jamás entran en empeños,
ni quieren tomar partido.
Cada cual en sí metido,
y contento en su rincón,
aunque es hombre de razón
vivo ingenio y agudeza,
vienen a ser, por pereza,
los Indios de la nación.”*

Sí; se trata de los famosos versos de Francisco Gregorio de Salas, escritos en el siglo XVIII; un retrato basado en las intuiciones personales de un paisano, de un extremeño que nunca vivió en Extremadura, que vivió toda su vida en la Corte. Como suele suceder con quien se aleja de nuestra realidad diaria, se pierde la percepción primaria que da el contacto cotidiano con la tierra.

Lo que nos corresponde, a estas alturas, es confirmar o desmentir esos tópicos a los que nos hemos hecho acreedores como pueblo, por la voluntad de unas decenas de eruditos, guiados más por sus gustos, preferentemente literarios, que por el paciente muestreo y la estadística. Para conocernos, nos hace falta menos olfato y más estudios y más estadísticas. ¿Somos tan individualistas como cuentan las crónicas, o los versos que acabo de leer o se trataba sólo de cuadrar el poema? ¿Somos de verdad *“asina, como la tierra parda”*? ¿Somos *“los Indios de la nación”*?

A ver si, al final, la Extremadura saqueada de los sesenta, va a seguir saqueada en su identidad, en los noventa, por rancios raptos líricos. Pongámonos a perfilar científicamente cómo somos los extremeños; dejemos que los investigadores sociales sustituyan a los poetas y a los aficionados a la psicología diferencial, y nos pongan ante un espejo no deformado por tópicos ancestrales o por visiones capitalinas.

Un editorial del diario “El País” del pasado 20 de agosto, calculaba en doscientos cincuenta mil el número de niños explotados en España. De esos doscientos cincuenta mil, al parecer, dos correspondían a unos menores portugueses que, según denuncias responsables de un sindicato extremeño, recogían tomates en nuestras Vegas, al parecer de forma irregular. La pregunta surge inmediatamente, sin pretender eludir nuestra responsabilidad: ¿dónde se explotarán a los doscientos cuarenta y nueve mil novecientos noventa y ocho menores restantes?. A nadie parece importarle. La etiqueta que nos han colgado indica que ese tipo de noticias venden mejor si se sitúa en Badajoz, si se sitúa en Cáceres, si se sitúa en Extremadura.

Seguramente, este verano, algún vecino de alguna gran ciudad, que pasa su tiempo en una oficina en la que está siete horas sentado frente a otro ejecutivo, y después cogió su coche, volvió a su casa, encendió el televisor, y cuando el locutor le informó reiteradamente de que en Extremadura se explota a dos menores, abrirá, de pura felicidad, una botella de vino de buena cosecha, para celebrar, con su mujer, que ellos viven en una sociedad donde se respetan los derechos humanos, y no como ocurre en la atrasada Extremadura. Después de ver algún programa de televisión, con sus hijos pequeños, donde habrán visto en la noche diecisiete asesinatos, se acostarán sin saber que en los bancos del parque de su barrio, de su gran ciudad, algunos ancianos tienden los cartones para pasar la noche en un parque; cartones que, de vez en cuando, un grupo de jóvenes nazis incendiarán para eliminar la mugre y el mal olor del barrio. Tampoco se enterará este ciudadano de que, unas calles más arriba de donde él vive, un hombre ha dado muerte a su mujer, delante de la asombrada e incrédula mirada de sus hijos de cinco y nueve años. Tampoco sabrá que, en unos portales cercanos, una mujer cuenta la calderilla que ha obtenido a lo largo del día, después de pedir en la calle con un niño de pecho en sus brazos. Sólo sabrá y se acostará feliz que en Badajoz se explota a dos menores portugueses.

UNICEF, que tomó cartas en el asunto, parece o ha parecido estar más preocupada por los dos menores que cogen tomates en Extremadura, que por las decenas de menores que cogen cócteles incendiarios en otros territorios para achicharrar viviendas, viandantes y policías.

El Defensor del Pueblo que, sin encomendarse a Dios o al diablo, también abrió diligencias informativas, haría bien dándose una vuelta, de vez en cuando, por los sitios donde se divierte el pueblo al que dice defender. Y si no le venciera el cansancio, comprobaría cómo a altas horas de la noche, decenas de menores esparcen por el suelo de las ciudades y de los pueblos botellas y vasos, por cierto no degradables que, unos minutos antes, han estado llenos de una droga llamada alcohol, cuya venta está prohibida a menores de dieciocho años.

¿Qué dicen las encuestas sobre nuestra identidad?. Los estudios más contrastados y solventes dicen que *“los extremeños tenemos una imagen muy clara de los límites de nuestra propia región, y mantenemos, con toda precisión, las distancias subjetivas que nos separan del resto, lo que supone un fuerte sentimiento de pertenencia. Pese a estar constituida Extremadura por dos provincias, la identidad regional está completamente a salvo”*.

Además, también, según esos estudios, los extremeños no identifican su reciente autonomía política como una continuación de cualquier circunstancia pasada, sino con una actitud de reivindicación de un mayor bienestar económico, y una mejora social, perfectamente compatible, además, con una clara percepción de pertenencia a España.

Hemos nacido, como pueblo, de un cierto sentimiento de rebeldía contra la postración socioeconómica anterior, y armados con un muy fuerte espíritu reivindicativo, lo que contradice frontalmente los clásicos tópicos del conformismo y la pasividad extremeña. Hemos tomado conciencia, por defecto, por lo que no teníamos, por lo que nos faltaba, y hemos hecho de ello nuestro cemento de cohesión social.

La conclusión es obvia. Sabemos de nuestras necesidades, somos conscientes de nuestras carencias, pero la actitud ya no es la de coger la maleta y marcharse, sino la de quedarse y luchar para mejorar nuestra situación, con nuestro esfuerzo, desde luego, pero también con la reivindicación de una justicia distributiva territorial que, hasta tiempos muy recientes, nos había sido negada.

No creo que los extremeños lo hayamos hecho mal, pues, en un tiempo récord, hemos alcanzado estándares de comportamientos sustancialmente similares a los de otras sociedades cercanas. La cuestión ahora es saber si este agotador esfuerzo nos permitirá tomar aire para dar ese salto que se anuncia próximo; si estamos psicológicamente preparados para asumir, en tan poco tiempo, que muchos de los parámetros que tanto nos ha costado conseguir se están quedando viejos apresuradamente, que casi no nos va a dar tiempo a disfrutarlos, porque van a ser modificados, por una realidad circundante en acelerado cambio. El nuevo marco de relaciones laborales y las nuevas formas de trabajo; la imperiosa necesidad de un flujo continuo y rápido de información; la cuestión demográfica; la globalización de la economía y la competencia, no ya con las regiones cercanas, sino con todas las zonas del mundo; la consolidación definitiva de la igualdad de sexos, son todos paradigmas con los que las instituciones y la sociedad extremeña deben contar para seguir liderando un proyecto regional, que no se quede anclado en una actualidad que va a dejar de serlo, en muy poco tiempo, para pasar a los libros de historia.

Personalmente soy optimista; debe ser que confío en los extremeños. Si hemos sido capaces de llevar a cabo la transformación de una Extremadura atrasada en una sociedad moderna como la actual; si hemos recorrido en, apenas, veinte años un periplo que a otros pueblos les ha costado varios decenios, creo sinceramente que podemos acometer este nuevo reto con cierta garantía de éxito. Para ello necesitamos no sólo la voluntad, sino también el conocimiento certero de nuestras capacidades, y una mayor y más asentada solidez de nuestra identidad colectiva.

La cuestión es saber si ese cemento cohesionador nos va a servir para dar el salto, para dar ese salto cualitativo, al que me refería antes, cuando hablaba de la velocidad con que ha vivido Extremadura los profundos cambios sociales, que nos han sacado del siglo XIX y nos han dejado, sin darnos un momento de respiro, a las puertas del siglo XXI.

Se trata de pasar de definirnos por lo que no tuvimos, como hasta hace poco, a identificarnos por lo que queremos. Así que, aún no plenamente satisfechos con el presente, pero conscientes de nuestra capacidad, comenzamos a sentirnos ya orgullosos de nuestro futuro. Si a nuestro pueblo no correspondió, en el pasado una Edad de Oro, es seguro que esa Edad de Oro nos está esperando en algún recodo del camino que nos queda por recorrer.

Y si este deseo del futuro, que se advierte en nuestra sociedad, es confundido, por alguien, con un infundado optimismo, estaremos descubriendo bajo esa excusa a los que no creen en los extremeños, a los que no nos consideran capaces de poner en pie proyectos comunes, y a quienes nos niegan el valor o la voluntad de acometerlos y llevarlos a buen término.

Afortunadamente ya hay quien nos traduce a sencillos versos esos nuevos horizontes que la mayoría oteamos, como olemos la tierra mojada antes de que llegue la lluvia. Aquí no se alzan las copas por pasadas glorias, sino que, como canta Luís Pastor:

*Por los días que vendrán,
como mensajes.
Para querernos vivos,
para sabernos alguien.
Campanas al viento,
por los días que vendrán,
para cambiar el paisaje
del campo y la ciudad.*

Por eso es revelador el homenaje que estamos ofreciendo hoy a Alberto Oliart, a Wostell, a Rafael Ortega, a la Asociación de Centros de Cultura Popular y Promoción de la Mujer, a la Asociación Católica Internacional de Servicios a la Juventud Femenina.

Son Medallas merecidas. Os agradecemos el ejemplo que aportáis. Representáis la pasión creadora, el compromiso con Extremadura y el remedio a la injusticia. Vuestro principal mérito es el ímpetu constante e incontenido en busca de la verdad: la verdad del trabajo, la verdad de la solidaridad, la verdad de la emoción estética, la verdad de vuestras vidas.

Vuestro trabajo y vuestra presencia han sido y son testimonios que encienden promesas y presagian soluciones. Con el resto de los galardonados de otros años, nos estáis dando un ejemplo de amor, de lealtad y de superación que, estoy seguro, todos procuraremos seguir. Nuestra región es joven y nos invita a ello.

Muchas gracias.